

PREGON DE LA SEMANA SANTA DE MURCIA

Pronunciado el día 28 de marzo de 1996

en la

Iglesia de San Antolín,

por el

Muy Ilustre Sr. D. Ramón Jara Gil.

Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo
Excmas. e Iltrmas. autoridades
Sr. Presidente del Cabildo Superior de Cofradías
Sres. Presidentes de las Cofradías Pasionarias de Murcia
Señoras y Señores

INTRODUCCIÓN

Deseo comenzar este Pregón de la Semana Santa murciana con unas palabras de Pablo de Tarso dirigiéndose a la comunidad cristiana de Corinto: *“Cuando vine a vosotros a anunciaros el testimonio de Dios, no lo hice con sublime elocuencia o sabiduría, pues nunca entre vosotros me precié de saber cosa alguna, sino a Jesucristo y éste crucificado. Me presenté a vosotros débil y temeroso; mi palabra y mi predicación no fue con persuasiva sabiduría humana, sino en la manifestación y el poder del Espíritu, para que vuestra fe no se apoye en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios”* (I Cor. 2, 1-5).

Y así pidiéndole al Señor que sepa situarme esta noche entre vosotros con este espíritu paulino, sabiendo que solo soy un pequeñito aprendiz de aquellos que fueron las “columnas de la Iglesia”, no me cabe duda de que el bien que me pueda hacer y que os pueda hacer

hoy en esta tribuna, solo se puede realizar desde la transmisión del mensaje simple y claro que nos trae el fundamento medular de lo que deben ser nuestras procesiones de Semana Santa: llevar a las gentes esa Buena Noticia de amor que se hace icono e imagen de Aquel que plasmó en su vida que Dios nos ama a todos: Jesús de Nazaret.

Para mí es el sentido y el motor de mi vida, en El a los catorce años en aquella creciente Acción Católica encontré el sentido de mi existencia. Por El encontré el camino de darme y ponerme al servicio de los demás en este ministerio que sigo acogiendo como una gran gracia de Dios para el servicio a mis hermanos, en esta Diócesis de Cartagena, por medio de la cual amo profundamente a la Iglesia Católica, Apostólica Romana.

Dentro de esta sencilla profesión de reconocimiento y de fe, quiero expresar mi gratitud y un recuerdo a aquella que en sus brazos me puso en contacto con la religiosidad popular y me descubrió el valor de lo que significa “tener un sentimiento religioso”, que posibilitó el confesar de una manera más viva a Jesucristo: me estoy refiriendo por supuesto a mi madre, que en paz descance. Por eso mi propia existencia es una mezcla de una religiosidad metida hasta el fondo de mis venas, que hace que me gusten y me estremezca todo lo que significa expresión religiosa popular, en donde situo de un modo preeminente las procesiones de la Semana Santa murciana. Pero por otro lado no puedo quedarme solo en un tipo de religiosidad popular, sin hacer de mi vida una fe confesante y comprometido con un Evangelio que me lleve a no divorciar lo que Dios quiere que esté unido: la fe con la vida. Esto lo aprendí de los Movimientos Apostólicos de la Acción Católica, que me ayudaron a concebir la fe como luz del compromiso y de un compromiso serio con aquellos que son los preferidos de Jesús: los más pobres de este mundo; dentro de una fidelidad confiada y amorosa a la Iglesia que El fundó y con la que yo me desposé.

Y aprovechando el momento de los recuerdos y gratitudes quiero hacer mención de aquel hermano y compañero en el sacerdocio que llevaba en su alma y en su ser todo lo que supiera a Murcia, me refiero al M.I. Sr. D. Juan Hernández Fernández, antecesor mio en la consiliaría del Cabildo y pregonero de la Semana Santa murciana en el año 1979, que la definía como “paso del Señor”: “¿No advertís la

huella, el tránsito, la pisada del Señor?. Pasó Dios al principio, cuando en el principio nada existía, y todo fue hecho” El si sabía de esto, lo sabía hacer muy bien y por eso Dios le llamó a la plenitud de la Semana Santa en donde ni el dolor, ni la muerte tiene cabida, porque se encuentra en la paz del Señor, donde todo está muy bien hecho.

Nuestra Semana Santa nazarena lejos de ser un “festejo” es una FIESTA, la fiesta por excelencia de todos aquellos que nos preciamos de ser cristianos nazarenos. Y permítanme que recoja unas palabras que siempre se me han quedado grabadas de aquel que es mi presidente, como Mayordomo de Honor que soy, de la Archicofradía del Cristo de la Sangre, don Carlos Valcárcel: “Nazareno, no es solo aquel que sale una noche en la procesión; nazarenos se es todos los días del año”.

Y nazareno, tiene un único significado: seguir a Jesús de Nazaret. Y seguir al Nazareno no es otra cosa que trabajar y luchar cada día para dejarse transformar por su Espíritu, para que allí donde uno desarrolla su existencia pueda plasmar ese rostro de Dios que nos llama a la solidaridad, a la fraternidad, al compartir y también como no, al perdón y al amor. Por todo ello, como nazareno no debo dejar de ponerme la túnica; de revestirme de Cristo cada día, aunque muchas veces tendré que recitar este salmo o algo parecido:

Misericordia, oh Dios, por tu bondad,
por tu exquisito amor borra mi pecado
y lávame hasta el fondo, purifícame
con el agua y la sangre de tu costado.

Reconozco la culpa que hay en mí,
la culpa acumulada a lo largo de mi
estancia en esta vida,
asumo y conozco los fallos de los míos.

Soy solidario del pecado de nuestra
sociedad y de nuestro mundo,
y con mi pasividad o complicidad
tejo las nuevas telas de arañas
que me convierte y nos convierten
en gusanos.

Mata, ¡Oh Dios!, el gusano que hay en mí,
haz de mí mariposa de tu agrado, y
que pueda volar con mis hermanos,
en un nuevo paraíso.

Transforma, ¡Oh Dios! la fiera que hay en mí;
conviérteme en el hombre que tu sueñas;
sensible, generoso, solidario,
cantor de libertad.

Devuélveme los gozos de tu Espíritu,
regálame la fuerza de tu Espíritu,
llena mi corazón de Santo Espíritu...
y te diré mi amor.

SOLIDARIDAD NAZARENA

Esta noche es una noche especial, no por el hecho de haberme nombrado pregonero, sino por palpar y vivir lo que es y tiene que ser el espíritu nazareno: *ser solidario*. Y hoy lo somos en torno a esta Cofradía, situada en uno de los barrios más típicos de nuestra querida Murcia: la Real, Ilustre y Noble Cofradía del Santísimo Cristo del Perdón, y domiciliada en esta parroquia de San Antolín, que celebra el centenario (en segunda convocatoria) de su instauración. Hoy la noche tiene un color con el que todos los nazarenos presentes nos sentimos revestidos: el magenta.

Es noche de solidaridad; porque Dios se hizo solidario con el hombre, porque desde la mirada de este Cristo que hoy nos preside se nos hace ver que Dios fundamentalmente es perdón, porque haciéndose uno de nosotros e incluso sin tener pecado “se hace pecado” para pagar por nosotros.

No se puede llevar sobre los hombros, desfilar en las procesiones, contemplando a cualquiera de las imágenes de nuestros “Cristos”, sin que el corazón se estremezca y sentir que se hacen presentes los rostros de otros “Cristos” a los cuales la vida muchas veces les apalea y les trata mal:

Cómo no descubrir en el Santísimo Cristo el Amparo, la necesidad de acogida de tanta gente que nos necesita, que se siente desamparada, que sufre sin que nadie comprenda su dolor, que sufre ese mal endémico de nuestra sociedad: que se llama soledad. ¡Bajo tu amparo nos acogemos y te pedimos por aquellos que necesitan cobijo y calor!.

Por eso cómo no emocionarse ante el Cristo del Refugio, en donde las peticiones, las lágrimas se hacen silencio, porque muchas de las contrariedades y de los sufrimientos de este mundo son inexplicables e incomprensibles, y necesitamos el silencio solidario de los demás que se hace oración y petición, en medio de nuestro mundo ruidoso. Solo queremos escuchar el tambor de la noche oscura murciana, rota por el paso de tu imagen iluminada, mientras una multitud de ojos empañados por las lágrimas musitan una oración oculta.

O cómo no recordar el trasiego de las gentes de nuestra ciudad, de los barrios y la huerta que hacen interminables colas en la Iglesia de San Juan, en donde el Cristo del Rescate muestra sus pies para ser besados: como oración de petición, ofrendas de promesas, suplicas por tantas necesidades; que expresan que Jesús se hace solidario del dolor humano, dado que El será también una víctima del mal y que para rescatarnos vino. ¡Gloria y honor para El! que quiso que hombres y mujeres se pusieran bajo la advocación de Hermandad de esclavos de Nuestro Padre Jesús en el cincuenta aniversario de su fundación.

La mirada misericordiosa del Cristo de la Misericordia, que nos impulsa y nos estimula a no cerrar nuestro corazón ante el hermano que extiende su mano y pone el cazo para que lo llenemos de amor, comprensión, cariño, compartiendo nuestros propios bienes; sintiendo las miserias de los demás como si fueran las nuestra. “¡Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia!”.

Vuelta de nuestros ojos a ese mundo del dolor incomprensible que a tanta gente le muerde y le hace postrarse en su lecho; dolor absurdo que nos deja disminuidos, impedidos y a veces nos roe la esperanza. Cómo no descubrir en el Cristo de la Salud, esa fuente tan necesaria e importante para que la gente recobre el sentido y el gozo de su existencia. Que hoy y siempre sintamos el consuelo de tus labios: “tus pecados son perdonados”, para poder así recobrar la verdadera salud, tan necesaria para sentirnos liberados.

No digamos que Cristo está lejos de aquella sangre inocente, que siempre se derrama innecesariamente, denunciada por ese Santísimo Cristo de la Sangre, que es una protesta andante de todo lo que supone terrorismos, guerras, asesinatos, interrupciones de vida desde el comienzo hasta el final, dado que la vida solo es de Dios y solo El nos la puede pedir. Y porque la vida del hombre le costó tanto a Dios; la vida del hombre es sagrada.

Un buen augurio para esa imagen joven del Cristo de la Caridad, para que desde la Cruz nos siga llamando al amor de los hermanos sin ninguna distinción, en donde la fe y la esperanza nos llevan al Amor, culmen y juicio de nuestra vida cristiana. ¡Oh buen Jesús, ayúdanos a saber mirar con tu mirada y a saber amar como tu amas!.

Caminemos contemplando a ese Jesús Nazareno de la mañana del Viernes Santo con la cruz a cuestas; él nos dice y nos grita que hay mucha gente que como El lleva la cruz: de la falta de esperanza, de las incompresiones, de la dureza de la vida, sobre todo los más pobres, los que no tienen trabajo, ni esperanza de conseguirlo, los que se sienten frustrados por una y mil razones. No, no podemos quedarnos indiferentes ante su mirada, o solo lanzar un suspiro o una lágrima. No podemos quedarnos con los brazos cruzados. ¡Déjame, Señor que como el Cirineo

ayude a mis hermanos a hacer menos pesada la cruz de cada día!.

Por eso nuestros ojos se vuelven al Cristo de la Esperanza, para desde su mirada comprender que no todo está perdido, que podemos seguir fiándonos de Dios, que nuestra vida como la suya está en las manos del Padre. Nuestra vida y destino tienen salida: ¡en El pongo mi esperanza y confío en su palabra!.

Y aunque nuestra vida sea llamada a la postración semejante a la del Santísimo Cristo del Santo Sepulcro en la noche del Viernes Santo y Yacente, del sábado por la tarde. Descubrimos la espera serena a la que nos llama el Señor en la adversidad, muchas de ellas producto de nuestras limitaciones; pero con nuestra mirada puesta en esa procesión blanca presidida por Nuestro Señor Jesucristo Resucitado, en donde el temor al mal es vencido gracias a El, expresado en esa imagen tan bella de los niños jugando con el celebre “demonio”, que solo es capaz de repartir caricias y caramelos, porque la alas del mal han sido cortadas por Aquel a quien Dios le revistió de poder y señorío; y en los rostros alegres de los nazarenos que contrastan con el sentido penitencial y serio de los días anteriores y que dan al Domingo de Resurrección ese aire de Gloria y Triunfo, porque Aquel que estaba en el sepúlcrum no está, ¡HA RESUCITADO!.

Vivido desde esta perspectiva nuestra Semana Santa no es un “rellano” festivo cultural, sino que para mucha gente es expresión de una religiosidad que tiene sus raíces en el mismo corazón del murciano cristiano.

Nosotros nos gloriamos en Jesucristo, muerto y resucitado, nuestras procesiones quieren ser expresión del misterio pascual, centro y fundamento de nuestra fé. Y para muchos de nuestros niños es fuente y aliento de una realidad, que para algunos de ellos se convertirá en el germen de una fe profunda y comprendida, como muchos de los que estamos aquí hemos experimentado en nuestras vidas.

SEMANA DE CONTEMPLACIÓN

Nuestra Semana Santa en las calles es fuente de contemplación, pues mirar a nuestras imágenes desde una perspectiva de fe, nos lleva a recitar desde nuestro corazón aquella antifona de la liturgia monástica titulada: “O quantum in cruce”:

“Como desbordan amor tu cabeza caída,
tus manos extendidas,
tu pecho abierto de la cruz, ¡oh Cristo!
¡Hijo de Dios, que viniste
a rescatar a los descarriados,
a los ya rescatados no los condenes!
¡Escucha el clamor de los que te llaman
desde este valle de lágrimas,
buen Jesús!
No tengas en cuenta la enormidad de los pecados;
a tu corazón herido lo pedimos
Dios de clemencia”.

Nuestra gente sencilla se dirigirá con palabras más simples pero similares ante el paso de nuestra imágenes; muchos de nuestros nazarenos que pisan poco los templos tendrán una relación religiosa, mediante el transporte o el desfile de las imágenes; tal vez, algunos lo harán por costumbre o curiosidad, pero no olvidemos que a veces el mismo Dios se vale de las cosas más peregrinas para tocar el corazón.

Sí, somos conscientes de que nuestras procesiones tienen que progresar, que no podemos quedarnos solo en lo superficial y en el externo, en eso estamos; esa es la preocupación de todos aquellos que sentimos y vivimos estas “catequesis andantes”. Por ello consecuentes con este tiempo fuerte de la vida de la Iglesia, pedimos hoy al Cristo del Perdón nuestra conversión; conversión del corazón para poder revivir la pasión actual de Cristo. Actualizar, porque la Pascua permanece. Jesús sigue padeciendo y resucitando. Jesús sigue siendo despojado, triturado. Y Jesús sigue resucitando, aleteando su Espíritu que renueva a todos y lo renueva todo.

En estos días nazarenos tenemos que vivir y asistir a las celebraciones populares, que son nuestras procesiones con verdadera devoción y también a las celebraciones litúrgicas, sin quedarnos en la superficie, penetrando en el misterio, dejándonos mojar, como se mojan y chorrean las espaldas de nuestros estantes llevando las imágenes en los tronos.

contemplamos ¡Oh Cristo!

tu cabeza caída, cabeza real, coronada, divina. En ella se encierran los mejores pensamientos y los más hermosos proyectos para la nueva humanidad. Cabeza en la que se encuentra esa humanidad nueva que Dios quiere de nosotros. En sus ojos la inteligencia y bondad de su alma. En su rostro la hermosura y la gloria del mismo Dios. Pero a esa cabeza le pusieron precio, fue vendida por treinta sucias monedas de plata. Una cabeza que se ha dejado vencer, pero no por la violencia de sus enemigos, sino por la violencia de su amor. Sufrió y sintió las punzadas de la corona de espinas, pero su amor fue mucho más intenso.

Su cabeza para nosotros, esa cabeza inclinada de nuestros Cristos, que representan al único Cristo y Señor de la vida y de la historia tiene que ser para nosotros nazarenos un signo de un amor paciente, humilde, manso, misericordioso; para que podamos vencer en nosotros y en los demás nuestros orgullos, nuestras impaciencias y nuestras violencias.

Por eso en estos días me invito y os invito a que desde las procesiones os acerquéis a esa cabeza inclinada para sentir la fuerza de ese amor humilde y entregado

tus manos extendidas, se gastaron haciendo el bien, acariciando a los niños, curando a los enfermos, expulsando a los demonios, calmando las tempestades, multiplicando los panes, bendiciendo a los pobres. Manos hechas para dar, para bendecir, para defender, para estrecharse amistosamente.

Ahora están ahí, abiertas del todo, signo de tu generosidad sin límites. Tus manos agujereadas, porque ya nada quieren retener. Tus brazos bien extendidos porque quieren acogernos a todos, sin distinción de ideas, de credos, de pensamientos.

Esas manos clavadas siguen siendo fuente de bendición y de gracia. Son medicina permanente para nuestras mentes estrechas. Solo en las manos rotas se puede derramar el amor; a cada niño, a cada enfermo, a cada necesitado; esas manos que chorrean salud y riqueza.

¡Nazarenos murcianos! No tengamos miedo de dejarnos abrazar y coger por estas manos, para que al besarlas con cariño y con efecto mi amor empequeñecido, se convierta en un amor como el suyo ¡que salta hasta la vida eterna!

tu pecho abierto, es signo de que el amor de Dios llega a la ruptura y al derroche. Ese corazón abierto es el tesoro más grande que tenemos los cristianos, porque gracias a esa abertura, sabemos que Dios nos quiere hasta el final. Se rompe el corazón para que brote de ese costado abierto toda la gracia y el amor Dios, como si fuera una fuente inagotable, que nunca dejará a los hombres que mueran de sed.

El pecho abierto de Cristo es lugar seguro para todos los hombres, porque es lugar de encuentro, de refugio, donde podemos acudir todos los que nos sentimos débiles, porque en ese pecho abierto de Cristo solo se pueden encontrar aquellos que buscan una verdadera amistad, una verdadera fraternidad.

Tenemos que acercanos estos días a ese lugar de encuentro, en donde suenan las fanfarrias y tambores, señalando que ya llega el gran día de nuestra salvación; en donde la nazería se encuentra para expresar que nuestro estilo solo puede ser la fraternidad y el amor, porque es el costado abierto de Cristo el que nos convoca y nos reúne.

LOA A LA MADRE DE JESÚS

Nuestros ojos hoy también se vuelven a una mujer. Ella nos lo trajo: Ella dijo Si, un sí que fue el origen y fundamento de nuestra redención. Por eso María, después de Jesús ocupa en nuestras procesiones un lugar preeminente. Ella que supo estar al pie de la cruz, sabe estar también en los momentos más precisos y necesarios, sin ruido, pero de una manera efectiva.

Esa presencia de María siempre lo ha captado el sentir de nuestro pueblo. Y es emocionante ver como la gente sencilla se pone de pie y en una actitud respetuosa ante el paso de la “mujer dolorosa”, símbolo de muchas madres que siempre y en todo momento han derramado sus lágrimas como consecuencia del amor a sus hijos.

María dolorosa hoy te pedimos que “sigas volviendo tus ojos misericordios” a estos tus hijos nazarenos, haznos sentir con fuerza aquello de San Pablo: *“los sufrimientos de ahora no pesan lo que la gloria que un día se nos descubrirá”* (Rm. 8, 18). Y desde esta confianza es como entiende la aceptación de tu dolor. Nuestros nazarenos estos días te llevarán fundamentalmente hecha cumplimiento de profecía: *“y una espada de dolor atravesará tu alma”* (Lc. 2, 35). Y esperaremos por la mañana temprano cuando el sol matutino bañe tu cara radiante y dolorida, para así poder comprender que no estamos hechos ni para el dolor, ni para la muerte porque la última palabra la tiene ese sol de vida que es capaz de enjugar las lágrimas de los afligidos; y como tú seremos conscientes de que *“aunque el maligno te muerda el talón, tú le aplastarás la cabeza”* (Gn 2, 15).

María, que tu paso por las calles de Murcia una vez más se haga sentir, porque tu eres sencillez y sensibilidad, tu eres ternura y esperanza; tu eres virgen y entrega: tu eres Reina y servidora; para que acogidos en tu manto nos sigas llevando a Jesús, a ese Jesús Nazareno que para no dar tregua ni al mal, ni a la injusticia, se entregó como siervo, aprendiéndolo de Tí, para que los demás fuéramos libres.

GASTAR LA VIDA

A nosotros nazarenos, seguidores de Jesús va también dirigido el mensaje cuaresmal del Papa Juan Pablo II y nos lanza la siguiente

te invitación: *“Dadle vosotros de comer”* (Mt. 14, 16). Mensaje que se inicia con una reflexión para todos los creyentes afirmando: *“El Señor nos llama una vez más a seguirlo en el itinerario cuaresmal, camino propuesto anualmente a todos los fieles para que renueven su respuesta personal y comunitaria a la vocación bautismal y produzca frutos de conversión”*. Nosotros que caminamos acompañando, llevando las imágenes de ese Señor, en estos días tomamos conciencia de nuestro “estar injertado en Cristo por el Bautismo”, y aprovechamos aún este tiempo que nos queda de *“Cuaresma que es camino de reflexión dinámica y creativa, que mueve a la penitencia para reforzar todo propósito de compromiso evangélico, un camino de amor, que abre el ánimo de los creyentes a los hermanos, proyectándolos hacia Dios. Jesús pide a sus discípulos vivir y difundir la caridad, el mandamiento nuevo, que representa el magistral resumen del Decálogo divino entregado a Moisés en el Monte Sinaí. En la vida de cada día se nos ofrece la posibilidad de encontrar hambrientos, sedientos, enfermos, marginados, emigrantes. Durante este tiempo cuaresmal estamos invitados a mirar con mayor atención a sus rostros sufrientes; rostros que testimonian el desafío de la pobreza de nuestro tiempo”*. (Mensaje de Cuaresma de Juan Pablo II).

Y concluye el sucesor de Pedro el Galileo: *“mientras os confío estas reflexiones cuaresmales para que las desarrolléis individual y comunitariamente bajo la guía de vuestros pastores, os exhorto a realizar significativos y concretos gestos, capaces de multiplicar aquellos pocos panes y peces de los que disponemos”* (mensaje de Cuaresma 96).

Hoy tenemos que abrir nuestros oídos ante lo que Jesucristo dijo: *“Quien quiera guardar su vida, la perderá; quien la gastare por mí, la recobrará en su vida eterna”*. No puedo menos que recordar a aquellos que lleváis sobre vuestros hombros los pesados pasos, muchos de vosotros lo habéis recibido como “herencia de vuestros mayores”; y a su vez, porque el camino es largo y la carga es pesada, llenáis vuestros senos de alimentos de donde reponer fuerzas. Y los llenáis con generosidad, porque no los queréis para vosotros

solos, porque sois conscientes de que el verdadero seguidor del Nazareno es aquel que sabe “dar”, que sabe “entregar”.

Permitidme que en este pregón también os evoque unas palabras de un jesuita muerto en Bolivia en 1980 que decía:

Señor Jesucristo, nos da miedo gastar la vida. Sin embargo. Tú nos diste la vida para gastar. No podemos reservárnosla en un estéril egoísmo.

Gastar la vida es trabajar por los demás, aunque no nos paguen; hacer un favor a quien nada puede darnos a cambio; gastar la vida es arriesgarse incluso al inevitable fracaso, sin falsas prudencias; es quemar las naves en bien del prójimo.

Somos antorchas, y solo tenemos sentido cuando nos quemamos; solo entonces seremos luz.

Líbranos de la prudencia cobarde, la que nos hace eludir el sacrificio y buscar la seguridad. Gastar la vida no es algo que se haga con gestos extravagantes y falsa teatralidad. La vida se entrega sencillamente, sin publicidad, como el agua de la fuente, como la madre que da el pecho a su hijo, como el sudor humilde del sembrador.

Enseñanos, Señor, a lanzarnos a lo imposible, porque detrás de lo imposible están tu gracia y tu presencia; no podemos caer en el vacío.

El futuro es un enigma, nuestro camino se pierde en la niebla; con todo, queremos seguir dándonos, porque Tú me estás esperando en la noche con mis ojos humanos que se deshacen en lágrimas (Lucho Espibal, jesuita asesinado en Bolivia el 22 de marzo de 1980).

Muchos cofrades habéis comprendido esta proyección de la vida cristiana y sois conscientes de que no basta solo desfilar o transportar, es necesario aliviar a los demás y compartir con los demás, lo mismo que el estante deja su puesto para compartir con los de la fila lo que lleva. Ser nazareno es dejar muchas veces los puestos de nuestra comodidad, para salir al encuentro de los demás, sobre todo de aquel

que más nos necesita y como nos enseña nuestro Buen Samaritano, ayudarle y cargarle sin pasar de largo.

Por eso un complemento de nuestro quehacer y ser nazareno es comprometernos con ese mundo marginal: pobres, drogadicción, sida, enfermos, niños abandonados o necesitados, etc., echando una mano en aquellas instituciones que tienen esa proyección, a saber Cáritas, Proyecto Hombre, Asilo, Jesús Abandonado, Atención a niños abandonados, etc.

Tenemos que luchar contra la actitud resignada de nuestro tiempo, y de la cual se hace expresión el Papa, recogiendo el interrogante de muchos de nuestros conciudadanos y de nuestros nazarenos: *“¿Qué hacer entonces? ¿Dejar las cosas como están, resignándonos a la impotencia? Este es el interrogante sobre el cual quiero llamar la atención... de todo fiel y de la entera comunidad eclesial. La muchedumbre de hambrientos, constituida por niños, mujeres, ancianos, emigrantes, prófugos y desocupados eleva hacia nosotros su grito de dolor, nos imploran”*.

Tenemos que aprender de los nuevos profetas de nuestro mundo, gente que sabe llevar sobre sus espaldas el dolor y el sufrimiento de Cristo en los más desheredados de la tierra. A veces personas físicamente insignificantes, pero que son los “verdaderos estantes” de esos pasos duros y cargados de nuestra sociedad. Estoy pensando en esa gran nazarena Madre Teresa de Calcuta, ella si que es “Nazarena de honor” por que sabe lo que significa seguir a Jesús de Nazaret en la vida de cada día. Ella nos deja también para este tiempo y para esta Semana Santa, esta hermosa oración:

*Tu,
Señor, Tú eres:
El Hambre que debe ser saciado
la Sed que debe ser apagada
el Desnudo que debe ser vestido
el Sin Techo que debe ser hospedado
el Enfermo que debe ser curado
el Abandonado que debe ser amado
el No aceptado que debe ser recibido*

*el Leproso que debe ser lavado
el Mendigo que debe ser socorrido
el Borracho que debe ser escuchado
el Loco que debe ser protegido
el Insignificante que debe ser abrazado
el Ciego que debe ser acompañado
el Sin voz que necesita que alguien hable por él
el Cojo que necesita alguien que camine por él
el Drogado al que debe ofrecerse amistad
la Prostituta que debe ser reconducida al camino recto
al Anciano que debe ser servido.*

(M. Teresa de Calcuta)

Y así haremos realidad aquello que predicaba el gran padre de la Iglesia San Juan Crisóstomo:

Salgamos... nosotros a las manos de los pobres. Porque éste es ahora el monte de los Olivos. Los olivos plantados en la casa de Dios son la muchedumbre de los pobres. Ellos destilan el aceite que nos ha de ser útil en la otra vida, aquel que tomaron consigo las vírgenes prudentes y que, por no tomarlo las fatuas, perecieron. Tomémoslo y entremos a fin de salir con nuestras lámparas encendidas al encuentro del esposo. (Homilías sobre San Mateo, 82,5).

Salgamos

¡Salgamos!, Sí, salgamos, cojamos nuestras túnicas, recojamos nuestros estantes, pongámonos en marcha que Cristo nos espera y formemos la procesión. ¡Salgamos! Sí, de nuestra vida cómoda y vayamos con las luces a iluminar a Murcia y a decirle: ¡COMIENZA NUESTRA FIESTA! ¡LA FIESTA NAZARENA! La que nos habla de una esperanza y una promesa: ¡QUE DIOS NOS AMA! ¡QUE DIOS NOS SALVA! ¡QUE DIOS TE ESPERA!.

No le hagamos esperar: Jesús está en el trono esperándote en la puerta, porque quiere que como seguidor suyo **COMPARTAS HOY LA FIESTA.**

La fiesta de los pobres, de aquellos que no esperan, de todos los que sufren y de los que su voz no llega.

JESÚS EL NAZARENO, está ya en la puerta para recorrer caminos, caminos que nos llevan al **GOZO Y A LUZ, PORQUE EL AMOR NO ESPERA.**

MUCHAS GRACIAS